

## MADUREZ HUMANA Y PERFECCIÓN CRISTIANA EN LA VIDA MONÁSTICA<sup>51</sup>

Lo mejor que los interrogantes de las ciencias humanas plantean a la religión puede resumirse en una exigencia de salud mental y madurez. La religión ¿permite o favorece la madurez? La vida religiosa en particular -postulada como escuela de perfección- ¿llama a sujetos sanos, y les permite madurar, por lo menos humanamente? La respuesta a estas preguntas es muy compleja, tanto en la realidad como en los principios; pero, sin caer en un concordismo apresurado, quisiéramos demostrar que las características de la madurez, tales como las describe Freud, coinciden perfectamente con las exigencias de la vida monástica según san Benito, y que la noción moderna de madurez se aproxima mucho a la antigua noción de la perfección, tal como se expresa en la Biblia y en ciertas corrientes de la tradición espiritual cristiana.

### 1. Los criterios de madurez según Freud

En su hermoso libro “Freud y la religión”, el P. A. Plé, buscando los elementos positivos que las investigaciones humanistas y científicas de Freud pueden aportar a la religión, centra su estudio sobre el siguiente texto:

“La fase animista (de la historia de la humanidad) corresponde al narcisismo, tanto cronológicamente como en su contenido; la fase religiosa corresponde al período de elección de objeto, elección cuya característica es el apego del niño a sus padres, mientras que la fase científica tendría su exacta contrapartida en ese período en que un individuo ha alcanzado la madurez, ha renunciado al principio del placer, se ha adaptado a la realidad y ha orientado el objeto de sus deseos hacia el mundo exterior”.

Dos ideas se desprenden de este texto: 1) el hombre debe desarrollarse de su egocentrismo primitivo hacia una madurez reflexiva y “oblativa”; 2) los criterios de esta madurez son la renuncia al placer buscado por sí mismo, la adaptación a la realidad, y la orientación hacia el mundo exterior.

Aplicaremos primeramente los criterios de Freud al “hombre monástico” tal como lo describe san Benito en su Regla, y tal como se lo encuentra en la realidad, luego confrontaremos esos mismos criterios, así como la noción de crecimiento, con la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la perfección.

### 2. Madurez y vida monástica

La aplicación de la psicología moderna a la vida religiosa y a la vida monástica en particular, ha sido intentada ya numerosas veces, con mayor o menor acierto; tal trabajo no deja de ser todavía sino un esbozo. Nuestra contribución apuntará a investigar si la madurez de la fase “científica” según Freud es posible en la vida monástica.

San Benito habla dos veces de madurez, en un sentido muy moderno, humano, psicológico; el mayordomo debe ser de “carácter maduro” (31,1), capaz de desinterés y de objetividad en su administración; la madurez del portero debe preservarlo de la inestabilidad (66,1). Dos titulares

---

<sup>51</sup> De *Lettre de Ligugé*, N° 171, mayo-junio 1975. Traducción del Monasterio Santa María de Guadalupe Ahuatepec (Mor), México.

de cargos importantes en el monasterio deben dar prueba de madurez, en la conducta de su vida religiosa personal en medio de sus ocupaciones (31,9) y en el ejercicio de su cargo. La casa de Dios debe ser administrada sabiamente por hombres prudentes (53,22): es ésta una preocupación fundamental de san Benito que da a la Regla un sello “maduro”, sobre todo si se la compara con la Regla del Maestro. Hay ciertamente en san Benito una gracia de equilibrio y de madurez.

No tendremos dificultad en encontrar en su Regla los criterios de la madurez propuesta por Freud.

### *Renuncia al principio del placer*

El *temor de Dios* exige rechazar el atractivo del placer (*delectatio*): “pues la muerte está apostada a la entrada misma del deleite” (7,24; cf. 4,59; 7,12. 23). El temor no es solamente represivo, sino que incita al bien (5,9; 66,4). Las responsabilidades comunitarias suponen en primer lugar el desinterés personal que garantiza el temor de Dios: éste preservará al mayordomo de todas las fallas a las que su cargo lo expone (31,2); el enfermero y el hospedero deben tenerlo (36,7; 53,21) como así también los consejeros del abad para la elección del prior (65,15).

La *obediencia* constituye una de las prácticas de ese renunciamiento: los verdaderos monjes “no viven a su antojo, no obedecen a sus deseos y a sus inclinaciones” sino que “desean someterse a un abad en un monasterio” (5,12).

Por el contrario, los sarabaítas tienen por ley “la satisfacción de sus deseos” (1,8).

El *voto* estabiliza e impide volverse atrás en lo que respecta las grandes orientaciones de la vida: sexualidad-afectividad, disposición de los bienes y de la voluntad. Es dar prueba de madurez el comprometerse -y aún más el perseverar.

El *desinterés* se prueba por la obediencia (5,7), pero es una disposición mucho más general: “nadie buscará lo que juzgue útil para sí, sino más bien para los demás” (72,7).

La *oración* supone la privación de todo apoyo sensible y el recurso único a las virtudes teologales; hasta la misma vida eterna debe desearse espiritualmente (4,46). El temor a la ilusión y al monólogo aconseja la sobriedad en la oración (20,4) a menos que ésta sea inspirada por la gracia.

El *silencio* y el uso moderado de la palabra y de la risa reprimen la afirmación de sí mismo, permitiendo a la vez el desarrollo de una personalidad adulta; se podrá entonces expresarse “con pocas palabras y que sean razonables” (7, 60).

### *Adaptarse a la realidad*

La madurez afectiva consiste en haber asumido su propia identidad y la del prójimo, en desear vivir, y en aceptar morir. Esta madurez nunca es dada de una vez por todas, pues nunca terminamos de aprender a amar; la vida monástica quiere ser un aprendizaje consciente de la vida eterna, más allá de la muerte (cf. RB 4,44-47; 7,11. 21. 30).

San Benito subordina la admisión de un monje de otro monasterio, a la facultad de adaptación que éste tenga: “Si se contenta con el tenor de vida local... Si se conforma simplemente con lo que allí encontrare, se le recibirá por todo el tiempo que desee” (61,2 s.).

Con mayor razón el candidato a la vida monástica debe aceptar lo que se le propone y tolerar que se le ayude a mirar sin ilusiones aquello a lo que aspira: el sentido de las dificultades que se oponen a su entrada (58,1. 3) es precisamente el de hacerte abrir los ojos y tomar conciencia de las dificultades inherentes a este tipo de vida: “Si puedes observarla, entra; mas si no puedes, vete libremente” (58,10).

Si el monje debe *escuchar* (Prol. 1) a aquél que le enseña, debe también insertarse en una *comunidad* que le ha precedido. Y siempre se tendrá que hacer un esfuerzo para pasar de la “comunidad soñada” a la “comunidad dada”.

Pero, la tentación de toda comunidad es la de conformarse a la mayoría y cerrarse sobre sí misma; san Benito está atento para sacar partido de todas las *miradas nuevas*, sean de los monjes de paso (61,4) o también de los más jóvenes (3,3).

La adaptación a la realidad debe hacerse a menudo mediante la voluntad. Pero su instrumento principal es el juicio. Se tiene o no juicio pero éste puede y debe ser formado. Esta es la función de la enseñanza espiritual, la que debe formar para el *discernimiento*. La tradición monástica está hecha a base de experiencia; representa una escuela de realismo. siempre que no se idealice el pasado -sobre todo un cierto tipo de pasado- y siempre que se saque partido de los fracasos y de los errores, como también de los aciertos antiguos. La formación espiritual e intelectual debe permitir el acceso lo más directo posible a las fuentes principales de la piedad cristiana: Biblia, Liturgia, Padres, teólogos y autores espirituales. Pero el Espíritu Santo habla hoy, y la *lectio divina* debe ayudar al discernimiento de su mensaje actual, en los acontecimientos y en el pensamiento contemporáneos.

El mejor signo que se posee del juicio, es el sentido del “humor”. Este, en una situación dada, hace aparecer una desproporción entre lo absoluto y lo relativo, entre un valor y lo que lo sostiene, y, en un mundo religioso, entre Dios y las personas que se consideran como perteneciéndole. El humor es entonces una variante de la *humildad*, centro de la espiritualidad de san Benito. Si “el humor hunde sus raíces en la ternura” (Jacques Martin) esto puede decirse con mayor verdad del humor cristiano que descansa sobre la fe en un Dios amante. El humor, fundado sobre el respeto de las personas, se distingue de una ironía punzante y destructora; impide tomar demasiado en serio lo que no es sino humano.

Pero es fácil tener humor cuando se trata de otro, pero no tan fácil cuando se trata de uno mismo. La aceptación de sí mismo es uno de los puntos más arduos de la adaptación a la realidad. Las reacciones de nuestros prójimos a nuestro respecto nos ayudan para hacer pasar nuestras disposiciones al acto.

*El trabajo y los servicios de comunidad* confrontan con la realidad. El celo por un trabajo que repugna es un índice de vocación según san Basilio (Reglas Mayores 10). El trabajo, con sus exigencias de asiduidad, de continuidad y de término, es educador de madurez.

#### *Orientar el objeto de sus deseos hacia el mundo exterior*

La comunidad cenobítica permite vivir una vida monástica cristiana (cf. san Basilio, Reglas Mayores 7), realizar todos los mandamientos de Dios, beneficiarse de un sostén mutuo, vivir para los demás y no para sí. la vida de eremita, para mantenerse humana y cristiana, supone una madurez fuera de lo común.

En las *relaciones con el mundo exterior*, hay que evitar dos escollos: pedir las continuamente, y rechazarlas sistemáticamente. La actitud justa toma en cuenta, en la obediencia, tanto las necesidades reales del prójimo como el amor a la soledad por Dios.

Entre los indicios de vocación (58,7) san Benito cuenta el celo por el *Opus Dei* y no por la oración. la obra de Dios engloba toda la vida espiritual, oración, lectura y vida litúrgica, insistiendo sobre esta última; la liturgia participa en efecto del realismo de la Encarnación; la lectura nos pone en contacto directo con la Palabra de Dios o con aquellos que han buscado vivir de ella; esta relación debe profundizarse en la oración a fin de no quedarse en lo superficial. Para los antiguos monjes la oración era, por otra parte, enfrentarse con la realidad del Dios santo y del yo pecador. Las “lágrimas de compunción” (20,3) demostraban su autenticidad.

El *servicio litúrgico* es exigente y educador de oblación, por la puntualidad, el recogimiento, el cuidado que exige.

Finalmente la oración monástica es una *oración católica*, emitida en nombre de la Iglesia y para el mundo. Un aspecto de la disponibilidad altruista en la oración será la *acogida* a los huéspedes y a los fieles en la oración litúrgica, con los trastornos que esto implica a veces,

Fuerza es constatar que la vida monástica no siempre lleva a la madurez. Sus exigencias son, en efecto, interiores y no impuestas. Exige en su punto de partida una estructura y un equilibrio, humanos y cristianos, sólidos; no se los puede suplir después. Pero es quizás una gran prueba de madurez aceptar las exigencias que acabamos de enumerar, como también el riesgo de no ser fiel a las mismas. Y junto a la madurez psicológica de base, existe una madurez humana y espiritual que nunca se logra plenamente y que, como lo recordaba Freud, es susceptible tanto de crecimiento como por otra parte de regresión. Este aspecto dinámico de la madurez la aproxima a un dato bíblico y tradicional que san Benito recuerda al final de la Regla cuando insta a apresurarse hacia la *perfección* de la vida espiritual (73.2)

### 3. Madurez y perfección

La madurez significa inicialmente el desarrollo último de un fruto, y por analogía, una cierta culminación del ser humano que ha alcanzado su constitución adulta en el campo físico, intelectual y psíquico. Hemos visto que la podíamos encontrar en el universo mental de la regla de san Benito, a veces por su nombre, y con más frecuencia, por sus componentes, tal como los describe Freud. Si buscamos ahora cuál es, en la Biblia y la tradición de lengua griega, la noción correspondiente a la madurez, veremos que es la de la perfección. Podrá esto parecer sospechoso, y será preciso distinguir bien entre Escritura y tradición -ya sea la tradición oriental, a veces idealista, o la tradición occidental, a veces jurídica. La perfección según la Biblia no tiene nada de un perfeccionismo narcisista; es solamente la correcta aceptación de Dios, del sufrimiento y del amor. Es, igualmente, la santidad, a la que el pueblo de Dios en su totalidad está llamado. Así, pues, esta reflexión inspirada por Freud nos ayudará a rejuvenecer una noción desgastada por las discusiones escolásticas en torno a la vida religiosa.

Veremos que todos los elementos del texto de Freud mencionado al comienzo pueden ilustrarse con pasajes del Nuevo Testamento donde se habla de la perfección.

El grupo de palabras que significa perfecto (*teleios*), perfección, hacer perfecto, significa primitivamente lo que ha alcanzado su fin (*telos*) y luego lo que es:

1. Completo, entero; luego, terminado, consumado; luego, realizado.
2. Eficaz (es entonces un atributo de Dios).
3. Biológicamente adulto, maduro, mayor.

Sólo los sentidos 1 y 3 se encuentran en el Nuevo Testamento; el primero es el más frecuente, con su aspecto estático de integridad, pero también con su lado dinámico de culminación.

En los Setenta, *teleios* traduce sobre todo dos raíces hebraicas: *Tam*, complemento; de ahí *tamin*, sin defecto (como el cordero pascual, *Ex* 12,5), íntegro (Noé “justo e íntegro” *Gn* 6,9), irreprochable (traducido así a menudo en los Setenta); y *shalem*, sano y salvo (*Gn* 33, 18), entero, completo, no dividido (el corazón debe entregarse todo entero a Yahvé, *I R* 8,61; 11,4; 15,3. 14). La noción de perfección en el Antiguo Testamento no está ligada pues a la de progreso y realización, sino de integridad; perfecto es aquél que permanece ligado a Yahvé sin división, aquél cuyo corazón es sencillo y que cumple totalmente la voluntad divina. Esta perfección más que ser susceptible de progreso se ve amenazada de degradación según la doctrina del libro de los Reyes.

En la prolongación del lenguaje bíblico, los monjes de Qumrán se llaman “los perfectos del camino” (*Regla de la Comunidad*, IV,22; VIII,25), por el hecho de haber entrado en la “Nueva Alianza”: “La perfección del camino es ante todo la obediencia a los preceptos divinos, tal como se practican en Qumrán; es la aceptación de toda la vida monástica, concebida como expresión de una voluntad divina. Este tema monástico y ascético fundamental no es por lo tanto de origen griego exclusivamente; se enraíza profundamente en el lenguaje bíblico, pero en los mismos comienzos de la vida monástica, en el medio judío, se ve apuntar el particularismo y el espíritu de cuerpo que son una tentación permanente de los institutos religiosos; la perfección, o un cierto grado de perfección, están ligados a pertenecer al instituto. De todos modos, Qumrán tiene un muy vivo sentido del pecado, y el himno que cierra la *Regla de la Comunidad* testimonia una profunda humildad.

El Nuevo Testamento sigue por una parte el uso bíblico, sobre todo en sus escritos más judaizantes, Evangelio de Mateo y Epístola de Santiago; así el llamado al joven rico: “Si quieres ser perfecto” (*Mt* 19,21) mantiene la idea bíblica de totalidad y es equivalente a la versión de *Mc* 10,21: “Una sola cosa te falta” para servir a Dios sin división. Pero la idea griega de crecimiento y de perfeccionamiento moral está presente en ciertos usos que san Pablo da a la palabra.

Los textos del Nuevo Testamento relativos a la perfección se pueden agrupar siguiendo las ideas que se desprenden del texto de Freud que nos ha venido guiando.

#### *Los tres criterios de la madurez*

a) *Renuncia al principio del placer* mediante la conformidad a la ley de Dios, expresión de la totalidad de su querer:

... la ley perfecta, ley de libertad (*St* 1,25).

Si alguien no peca en palabras, es un hombre perfecto, capaz de refrenar igualmente todo su cuerpo (*St* 3,2).

Su fe cooperaba con sus obras, y por sus obras su fe alcanzó la perfección (*St* 2,22).

Es la inteligencia, ayudada por la enseñanza religiosa y moral, el instrumento de este desplazamiento de valores:

No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de manera que podáis distinguir lo que es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto (*Rm* 12,2).

... al cual (Cristo) nosotros anunciamos, amonestando e instruyendo a todos los hombres con toda sabiduría, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo (*Col* 1,28),

... Epafras... que se esfuerza siempre a favor vuestro en sus oraciones, para que os mantengáis cumplidores de toda voluntad divina (Col 4,12).

Quien guarda su Palabra, ciertamente en él el amor de Dios ha llegado a su plenitud (1 Jn 2,5).

b) *Adaptación a la realidad* soportando la prueba, que no debe dispensar por otra parte de la observancia de los mandamientos:

*Considerad como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas, sabiendo que la calidad probada de vuestra fe produce la paciencia en el sufrimiento; pero la paciencia ha de ir acompañada de obras perfectas para que seáis perfectos e íntegros sin que dejéis nada que desear (St 1,2-4).*

Esta “constancia” (*hypomoné*), fruto de haber sido puesto a prueba, es un elemento esencial de la madurez cristiana. Sigue el camino trazado por Cristo para poder él mismo llegar a ser un sumo sacerdote y cumplido mediador:

He aquí que yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y el tercer día soy consumado (Lc 13,32).

Convenía, en verdad, que Aquél por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación (Hb 2,10).

Y aún siendo Hijo, con lo que padeció aprendió la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que lo obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec (Hb 5,8 ss).

c) *Apertura al mundo exterior*: es el hecho de *agapê*, amor de benevolencia que siempre supone una alteridad entre el amante y el amado. El amor es el “vínculo de la perfección” (Col 3,13); el amor de caridad hace imitar a Dios, cuyo amor, sin volverse sobre sí, se extiende hasta a los ingratos y a los pecadores:

Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ... Sed pues perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial (Mt 5,44-46. 48).

A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado a nosotros a su plenitud (1 Jn 4,12).

Finalmente, la renuncia a los bienes para seguir a Cristo lanza al hombre a una aventura de la que no conoce el fin (cf Jn 1,31; 21,18 s.):

¿Qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna?... ¿Por qué preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno; pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos... -Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?... -Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes... y tendrás un tesoro en el cielo-, luego ven y sígueme (Mt 19,16-21).

*La idea de crecimiento*

(a) “Perfecto” significa adulto:

En la asamblea, prefiero decir cinco palabras con mi mente para instruir a los demás, que diez mil en lenguas. Hermanos, no seáis niños en juicio. Sed niños en malicia, pero hombres maduros (*teleioi*) en juicio (*I Co 14,19 s.*; cf. *I Co 13,10 s.*).

La fe religiosa no excluye la inteligencia y el buen sentido: el don del Espíritu Santo no suprime el humilde uso de la razón; la madurez del juicio humano mantiene su derecho de ciudadanía en las asambleas cristianas, así sean carismáticas.

(b) *La perfección conduce a la libertad* frente a todo temor, vestigio de un “super-ego” tiránico:

En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: el que tengamos confianza en el día del Juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor: sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor (*I Jn 4,17 s.*).

Una liberación interior así puede darse con relación a la propia ley divina pero es deseable sobre todo respecto a sus intérpretes humanos; así los corintios, con su snobismo en cuanto a ser maestros espirituales, eran todavía niños y no “espirituales” (*I Co 3,1*) o “perfectos” (*I Co 2,6*).

(c) *El carácter “científico”* de la perfección-madurez, fruto de la experiencia y de la reflexión apoyada sobre una enseñanza religiosa y moral desarrollada:

El que se nutre de leche desconoce la doctrina de la justicia, porque es niño. En cambio, el manjar sólido es de adultos; de aquellos que, por la costumbre, tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal. Por eso, dejando aparte la enseñanza elemental acerca de Cristo, elevémonos a lo perfecto, sin reiterar los temas fundamentales... (*Hb 5,13 s.*).

En efecto, al igual que hay una infancia espiritual loable -la que está constituida por apertura y sencillez- hay una mala, que es ignorancia e ingenuidad; el discípulo debe crecer hasta llegar al estado de conocimiento y de conciencia:

... hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo, para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error... (*Ef 4,13 s.*).

Pero el gran peligro de un lenguaje que incluye la noción de perfección es, aparte del perfeccionismo, la tendencia a creer que uno ya ha llegado. De hecho, la perfección nunca es alcanzada aquí abajo; solo cuenta la carrera infatigable hacia la meta, situada en el más allá. El célebre texto de Filipenses 3,12-14, estimulará a toda la tradición espiritual cristiana extendiendo indefinidamente el campo de su esfuerzo. Pero son también interesantes los dos versículos que siguen: S. Pablo retorna allí, probablemente con un cierto humor, el calificativo de “perfecto” que se daban algunos de sus corresponsales para demostrarles que ser perfecto (o adulto), es precisamente jamás creer que se ha llegado. Por otra parte, si uno no se encuentra allí todavía, las motivaciones pueden y deben evolucionar con la ayuda de Dios:

Nosotros, todos los perfectos, sintamos de esta manera y si en algo sentís de otra manera, también eso os lo declarará Dios. Por lo demás, desde el punto a donde hayamos llegado, sigamos adelante (*Flp 3,15 s.*).

La última palabra sobre una visión dinámica de la perfección se concreta en esta sabiduría muy sencilla: la “carrera” es sobre todo una marcha regular puntualizada con pruebas; a cada día

basta su penar. Por querer apurar demasiado la maduración, no se obtiene sino frutos insípidos. El fruto mejor es el que crece solo:

El Reino de Dios es como un hombre que echa la simiente en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, la simiente brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma; primero, hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga. Y cuando el fruto lo admite, en seguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega (*Mc 4,26-29*).

Al estudiar la noción de madurez que propone el inventor de la psicología moderna, hemos visto que está caracterizada mediante tres criterios completamente válidos y de los que la vida religiosa puede sacar mucho provecho. Su ideal de madurez nos incita y ayuda a reflexionar nuevamente sobre la noción bíblica y tradicional de perfección, que sobrepasa y engloba su proyecto, dándole mayor serenidad, gracias a la fe: “Todo don perfecto viene de arriba” (*St 1,17*).

La idea moderna de madurez es muy preciosa y mucho más cristiana por cierto que la de desarrollo: la Biblia prefiere el fruto a la flor, y el sarmiento debe ser podado para dar fruto, el grano debe morir para multiplicarse (*Jn 15,2; 12,24*). La confusión entre desarrollo y madurez es indudablemente una de las causas de la crisis de la vida religiosa; contrariamente a lo que se habría podido pensar, Freud nos ayuda a situar mejor estas crisis. Y esto ya es mucho.